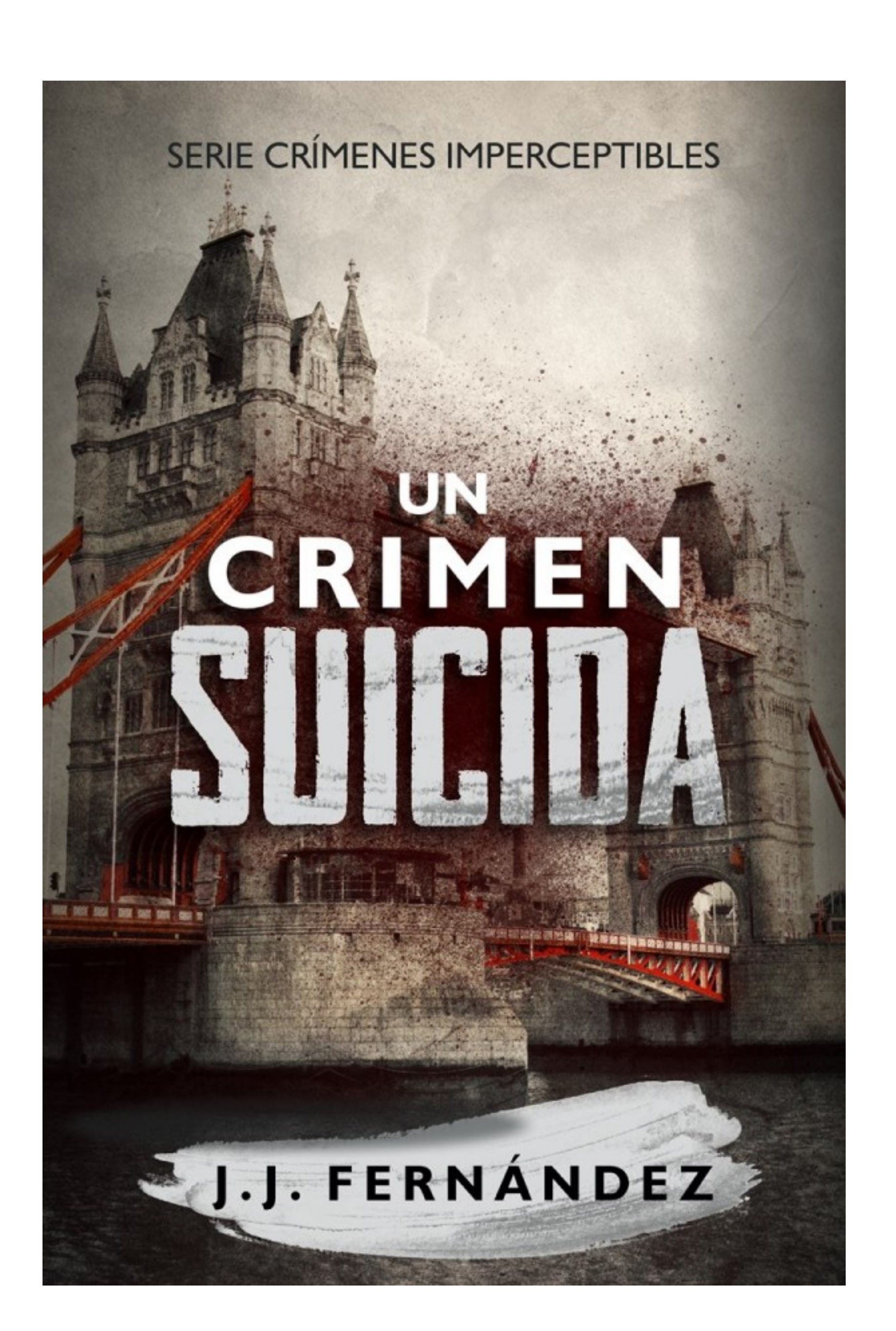

SERIE CRÍMENES IMPERCEPTIBLES
UN
CRIMEN
SUICIDA
J.J. FERNÁNDEZ

UN CRIMEN SUICIDA

J. J. Fernández

CAPÍTULO 0

LLEGA un día en la vida en el que descubres que hasta el acto mejor intencionado de salvar a un desconocido puede tener trágicas consecuencias.

Londres amanecía más tarde durante los meses de invierno. Las nubes pintaban el cielo de oscuro y la neblina gris difuminaba a lo lejos los rascacielos del barrio de la City. El aroma fresco de la llovizna intermitente se mezclaba con el sabor acre a ciudad grande.

Jerónimo se acurrucó dentro de la cazadora de piel, que parecía haber encogido con la lluvia o es que él estaba más gordo. O las dos cosas. Se ajustó la mochila y caminó ligero por las calles húmedas de la capital en dirección a la estación de London Bridge. Allí cogería el tren de vuelta a casa, a su estudio en Clapham, un barrio *trendy* al oeste de Londres. Se cambiaría de ropa, recogería unos documentos y se presentaría con su mejor sonrisa y sus bonitos ojos verdes, a una entrevista de trabajo para un puesto como traductor freelance en una compañía internacional. Si conseguía el trabajo, lo mantendría demasiado ocupado para reencontrarse con sus hermanos en su Valencia natal. Aunque hubiera pasado ya más de un año desde su último viaje. Esa entrevista era demasiado importante. No podía llegar tarde. Y no llegaría tarde. Simplemente nunca llegaría. Algo le haría cambiar de planes.

Aceleró el paso. Atrás dejaba St Katharine Docks, un puerto escondido detrás del puente Tower Bridge, con cafés y restaurantes y un complejo de viviendas donde vivía Erik en un pequeño apartamento de alquiler. La fría llovizna se deslizaba por el cuello de Jerónimo. Acababa de conocer a Erik, un danés de ojos azul aguamarina y no estaba acostumbrado a pasar la noche en casa ajena. Con las prisas, se había olvidado el paraguas y encima, había llegado sin bufanda la noche anterior.

«Erik», se repitió. Respiró hondo. Su mente empezaba a acostumbrarse a ese nombre y no sabía si eso era bueno o malo.

Llegó al puente Tower Bridge, que unía el norte con el sur de Londres. Dos torres victorianas terminadas en punta se alzaban regias haciendo la guardia a cada orilla del río Támesis. La calzada era de doble sentido, con aceras a los lados y las paredes recién pintadas de azul y blanco, que mostraban motivos heráldicos en relieve. Después de más de un siglo, el puente había sido restaurado hace un año, conservando la majestuosidad que le hacía icono de la ciudad.

Las aguas del río Támesis eran oscuras e intranquilas. Pasó un autobús rojo de dos pisos, vacío. Cruzó al otro lado de la acera del puente y continuó caminando. Oyó el zumbido de un barco acercándose y el graznido de unos cuervos. De repente, metros más abajo observó algo extraño.

Paró.

Creyó ver el espejismo de una figura humana, subida al borde del puente. Parpadeó varias veces para mejorar la visión. A más de un metro de altura, una mujer joven se erguía, rígida como una estatua de piedra, con la cabeza agachada hacia las oscuras aguas del Támesis. La débil luz del alba le daba la apariencia de un espectro.

A Jerónimo se le cortó la respiración. Miró a los lados, pero no había nadie a quien pedir ayuda. Hace poco había leído en un artículo de periódico, que más de cinco mil personas se quitaban la vida al año en el Reino Unido y que la hora de suicidio se daba durante la madrugada del fin de semana. Ese día era lunes. Tiritó. Cogió el móvil con torpeza y marcó el número de emergencias. Su mano temblaba.

La voz de un policía le preguntó varias veces por la naturaleza de la llamada. Abrió la boca, pero cuando la mirada de la joven se clavó en la suya, no le salieron las palabras y su cuerpo se petrificó.

La muchacha parecía un animal desesperado.

Al otro lado de la línea, el policía insistió, pero Jerónimo solo pedía al cielo que esa criatura no saltara al verlo.

Ella apretó más fuerte los puños y el corazón de Jerónimo se encogió.

Era una mujer joven, tan joven que podría ser una adolescente. Estaba descalza y solo llevaba puesta una camiseta de pijama larga que le cubría unas caderas anchas y le llegaba hasta las rodillas. Su cara era redonda y enmarcada por unos rizos rubios gruesos, pero lo que más le horrorizó era el color de su piel, tan blanco como el de una muerta.

La mano de Jerónimo cayó derrotada mientras la voz del policía desaparecía. Guardó el móvil en el bolsillo frontal de la cazadora. Observó cómo la joven miraba de nuevo las imponentes aguas del Támesis. Había ocho metros de distancia entre él y ella y más de cuarenta metros de altura entre ella y aquellas aguas oscuras que se movían con la misma fuerza con la que se movía su estómago. Sintió vértigo.

La joven se acercó unos centímetros más al borde, provocando a la fuerza de la gravedad.

El corazón de Jerónimo se aceleró. Estuvo tentado de coger el móvil, que todavía tenía la pantalla iluminada.

—No me muevo —dijo levantando las manos en alto. Miró a los lados, pero el puente seguía vacío. Gotas de agua y sudor caían por su frente. Levantó más alto las manos—. Solo quiero hablar, ¿ok? Hablar contigo. Estás al borde del puente Tower Bridge a punto de saltar…

Ojalá la policía lo estuviera escuchando. Que hubiera entendido la llamada de socorro. Deslizó la mirada al bolsillo de la cazadora, pero la pantalla del móvil estaba apagada y sintió un escalofrío.

—Solo quiero hablar contigo, ¿ok? Solo hablar. Voy a dar un paso —dijo tartamudeando—. Si no quieres que me mueva, me lo dices.

Ella no respondió.

Él movió despacio la pierna con las manos levantadas y la vista fija en la joven.

Quedaban siete metros de distancia entre ellos.

Ella seguía callada. Había algo familiar en su rostro.

—Me llamo Jerónimo, ¿y tú? —Dio otro paso—. Mírame, por favor. ¿Cómo te llamas? —La muchacha no respondía—. Mírame. Yo también estoy asustado como tú.

Se acercó un poco más y observó que la joven movía el pie derecho hacia adelante y su respiración era agitada. En cambio,

Jerónimo paró de respirar y contuvo el aliento. Su pulsó se aceleró y sintió la adrenalina inundando su cuerpo. El miedo se hacía más real. La estaba perdiendo. Balbuceó algo incoherente y entonces la joven suspiro y habló.

—Mary… —La voz era casi un susurro.

Jerónimo soltó todo el aire de los pulmones y volvió a respirar.

—Mary —repitió—. Mary, está bien. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás ahí? Mírame, por favor.

La joven giró despacio la cabeza y miró a Jerónimo, que se fijó en ella con tal intensidad como si pudiese agarrarla mediante un poder mental.

—Quiere verme muerta —dijo la joven con un acento extranjero.

Jerónimo entrecerró los ojos.

—¿Quién quiere que te tires?

—Quiere verme muerta —repitió ella más alto y bajó la mirada —. Pero yo lo quiero y no puedo vivir sin él. No puedo —gimoteó.

Jerónimo sintió un sudor frío en la espalda. Alguien quería verla muerta. Necesitaba que la joven siguiera hablando con él. Ganar tiempo.

—Mírame a mí, no mires al río.

Jerónimo reconocía ese rostro. La había visto con un niño, comprando en el supermercado de Waitrose en St Katharine Docks. Era una joven australiana, vecina de Erik.

La muchacha continuó con la voz entrecortada:

—Me dijo que me quería. Que lo dejaría todo por mí. Todo. Su mujer, su hijo...

Ahora sabía quién era. Trabajaba como niñera cuidando a un niño.

—¿Tú cuidas a su hijo? —quiso confirmar Jerónimo.

La mandíbula de la joven templó y lágrimas rodaban sobre sus mejillas, confundiéndose con la lluvia. Giró la cabeza de repente y hundió la mirada en el precipicio. Respiró muy fuerte como si estuviera cogiendo carrerilla para dar el gran salto.

El rostro de Jerónimo cambió. La frente se arrugó y los labios se estiraron buscando la posición del grito. Corrió hacia ella.

—¡No te acerques más o me tiro! —La voz de la joven parecía un aullido.

Jerónimo paró y hasta su corazón dejó de bombear sangre. Solo había dos metros de separación, pero un abismo entre ellos.

—¡Mary, detente! Mírame —dijo Jerónimo con voz desesperada —. A mí, por favor. Escúchame. Escucha lo que te voy a decir. —Su corazón tomó la velocidad de un cohete, bombeando adrenalina en cada poro de su ser—. ¿Por qué alguien que te quiere iba a querer que hicieras algo así? Si te quisiera de verdad, no te desearía ningún mal. —Intentó respirar más despacio. Controlar su respiración. Su voz era una súplica—. Yo te entiendo. Te entiendo perfectamente. Abandonas tu casa. Te vas a un lugar desconocido, luchas por una nueva vida, nuevos sueños, terminas enamorándote del primer gilipollas que te hace caso y luego te rompe el corazón. Yo también he estado ahí, sé cómo te sientes. Cobardes y mentirosos. Narcisistas. Solo somos un daño colateral. No dejes que gane. ¿De acuerdo? ¡No dejes que gane! —repitió más alto.

La joven no se movió. La lluvia mojaba el rostro de Jerónimo que continuó hablando.

—Confía en mí —dijo extendiendo su mano hacia arriba como si pudiera acortar esos casi dos metros de separación—. ¿Ok? No quieres saltar.

—Tú no lo sabes —murmuró mientras negaba con la cabeza y sus rizos se mecían nerviosos.

—Es cierto, no lo sé. Pero lo que sí que sé, es que, si te tiras, no habrá una segunda oportunidad. Y tú también lo sabes.

—La vida no me ha dado segundas oportunidades.

Jerónimo se acercó muy despacio, con el brazo extendido, mirando hacia arriba, hacia la joven, no a las aguas del río.

—Te equivocas. Ves las cosas en blanco y negro, pero la vida es gris.

Ella sacudió la cabeza más fuerte, como si no pudiera despertar de una pesadilla.

—Tú no lo entiendes. Me equivoqué. Yo no quería. Fue horrible.

—Lo horrible fue enamorarte del hombre equivocado —dijo Jerónimo abriendo su mano. Estaba tan cerca que casi podía rozar la camiseta de la joven, que se agitaba al viento como una bandera en una ventisca—. No le dejes ganar. Quédate aquí. No saltes. Ven.

Jerónimo se agarró firme al borde del puente con la otra mano.

Estaba mojado y frío. Tensó el brazo. Se preguntó si podría agarrar a la joven al vuelo. No. Sería imposible. No tendría la fuerza suficiente. Si ella caía, Jerónimo también podría caer con ella. Tragó saliva, pero tenía la garganta seca.

Las luces rojas y azules rompieron la penumbra de la fría mañana sobre el puente Tower Bridge. Dos coches de policía pararon en mitad de la carretera. No había sirenas, solo silencio y expectación.

Jerónimo no sabía si sentirse aliviado por la llegada de la policía cuando vio el rostro de la joven retorcerse en una mueca de pánico. Estiró más el brazo hacia ella, intentando no fijarse en las oscuras aguas del Támesis.

—Mary, mírame a mí.

La joven giró bruscamente la cabeza, hasta que sus ojos se fijaron en los de Jerónimo. Ella estaba hiperventilando.

—Todos cometemos errores —insistió Jerónimo.

—Estoy mejor muerta.

—¿Y me lo dices con lágrimas en los ojos? Porque si es así, entonces es porque te importa la vida.

—Nunca podré perdonarme. —La joven puso los brazos en cruz y se preparó para saltar.

—Te entiendo perfectamente. —Jerónimo hablaba muy rápido —. Yo también he cometido errores en mi vida. Escúchame. Te voy a contar algo que aún no me he atrevido a decirle a nadie. —El corazón se le salía del pecho. Por muy rápido que respirase, no había suficiente oxígeno en sus pulmones—. Yo hice algo terrible. Tan terrible que tuve que dejarlo todo y huir de mi país. Tendría tu edad. Tenía mucho miedo. —Respiró hondo—. Y yo tampoco me puedo perdonar. ¿Y sabes qué? Que quizás nunca pueda. Pero quitarte la vida no es la solución…

La joven no reaccionaba. Ya no escuchaba a Jerónimo. Cerró los ojos y movió el cuerpo hacia delante con los brazos aún en cruz.

Dos policías se acercaron rápido, aunque no llegarían a tiempo.

Entonces, Jerónimo arriesgó su vida. Soltó la mano con la que se sujetaba al puente, puso la espalda recta y extendió los brazos casi rozando la cintura de la joven. Estaba dispuesto a agarrarla al vuelo si se tiraba al agua.

—Si crees en lo más profundo de tu corazón que nunca vas a tener un día feliz, entonces salta… No te detendré. —Jerónimo despegó despacio sus manos de la joven—. Pero si crees que dudas, entonces…

—No —ella lo interrumpió—. Creo que no. —Y se balanceó.

Jerónimo estuvo tentado de agarrarla. Salvarle la vida. Sin embargo, no lo hizo.

—Está bien —dijo despegando sus manos de la joven como le había prometido. Porque Jerónimo cumplía lo que prometía, o por lo menos, lo intentaba, aunque fuera dolorosa esa elección.

Miró a los policías que estaban a pocos metros de ellos y negó con la cabeza, derrotado.

Y en ese momento pasó lo imposible.

La joven se resbaló y por inercia se agarró a las manos de Jerónimo, que seguían en el aire. Él la sujetó fuerte y tiró de ella con todas sus fuerzas, perdiendo el equilibrio para, finalmente, caer al suelo.

Estaban vivos.

Notó el dolor de la caída, que subía por toda la espina dorsal, pero no le importó. La joven estaba a su lado. Había salvado a esa pobre muchacha. Mary tendría más oportunidades en la vida, o eso creyó Jerónimo.

Algo curioso pasó, un giro inesperado en toda esta historia. El final feliz terminó en desgracia.

El cerebro de Jerónimo tardó en asimilar la información exterior. Nada de lo que estaba pasando tenía sentido.

Primero uno de los policías arropó a la joven con una manta mientras su compañero le ponía las esposas. Jerónimo no entendió por qué la arrestaban. Quizás lo estaba soñando. Quiso preguntar qué estaba pasando, pero solo escuchó a la joven repetir entre sollozos:

—Yo no quería. De verdad, yo no quería. Fue horrible. Solo quería estar con él.

Un tercer policía ayudó a Jerónimo a levantarse. Le dio la mochila y le preguntó si estaba bien. Él no reaccionó. Tenía la vista puesta en aquella joven indefensa. Repetía que no quería, mientras la metían esposada en un coche patrulla. «¿Qué es lo que no quería?», se preguntó Jerónimo. La luz de la mañana cobró más

fuerza. Había dejado de llover.

—¿Estás bien? —le preguntó otra vez el policía que se quedó a su lado.

Jerónimo tenía todo el cuerpo mojado en agua y sudor. Cerró y abrió los ojos. Pasaron unos coches, una bici y una pareja, que lo miraron sin pararse.

El policía le preguntó por tercera vez. Jerónimo asintió.

—Tengo una entrevista… —balbuceó—, una entrevista de trabajo. No entiendo…

—Ha muerto un niño —le dijo el policía arrugando el rostro.

Jerónimo se mareó. Todos los sonidos parecieron enmudecer, mientras le ayudaban a sentarse en la acera.

—¿Necesita asistencia médica? —le preguntó otro policía ofreciéndole una botella de agua.

Jerónimo le dio las gracias, pero no pudo abrirla. Tenía los dedos agarrotados. El policía le ayudó.

—¿Llamo a una ambulancia?

Jerónimo tardó unos segundos en reaccionar.

—No. Creo que no lo he entendido bien.

El policía puso la mano en el hombro de Jerónimo y le ayudó a levantarse mientras le contaba la desgracia.

—La madre del niño nos llamó esta madrugada. Encontró a su hijo ahogado en la bañera.

Fue entonces cuando Jerónimo salió de su estupor y sintió una daga que se clavaba en su espalda y le atravesaba el corazón. Prestó declaración, tomó su mochila y por inercia caminó hasta la estación de London Bridge. No quiso recibir atención médica. Se repetía en su cabeza que iba a llegar tarde a la entrevista. Paró a mitad de camino y volvió en sí. No llegaría a esa maldita entrevista de trabajo. Dio media vuelta y regresó a casa de Erik. No quería estar solo. Le contó lo sucedido. Le dieron muchas vueltas a lo que había pasado y reflexionaron en voz alta sobre lo que la joven le había contado a Jerónimo. Terminaron llegando a la conclusión de que aquella muchacha, en su desesperación, había asesinado al hijo de su amante, el marido, para estar más cerca de él. No era de extrañar que este, al descubrir aquella atrocidad, deseara la muerte de ella.

Jerónimo no salvó la vida de la joven; lo que había conseguido

fue arruinar su deseo de morir.

Otras Obras de J. J. Fernández

Una muerte imperfecta

An imperfect death